

FAUSTO

(lat. faustus). Feliz, afortunado.

Creado por J. W. Goethe en 1806, Fausto es uno de los personajes con más trascendencia en la historia de la literatura alemana.

Con un nombre irónico, toda su existencia está marcada por un malestar con el mundo que le rodea y, sobre todo, con él mismo. Quizá por eso sea tan importante, porque es el reflejo de lo que todos hemos sentido alguna vez; el ansia de saber más, el rechazo a nosotros mismos y la duda sobre cuál es el verdadero valor de la moral.

Nadie puede juzgar. Sólo uno mismo conoce la ausencia de sentido de su vida, la dimensión de su propio sufrimiento.

El objetivo principal de la vida es la felicidad. Vivimos en la constante búsqueda de medios para conseguir este ansiado fin. A medida que pasan los años, la tarea se complica. Más preocupaciones, tensiones, responsabilidades... De niño todo era más fácil. Pero también me preocupaba por mis asuntos infantiles, tenía una ligera responsabilidad sobre mis apreciados juguetes, entonces, ¿cuál es la gran diferencia?

De niño no sabía todo lo que ahora sé. Y así llego a la conclusión de que el conocimiento nos tiende a la infelicidad. Tanta información me oprime el pensamiento y, en vez de sonreír inocente ante el mínimo detalle, lo pienso, lo razono, conozco las miserias de la tierra. Y me entristezco.

Aun así, necesito saber más, la ambición humana no conoce límite. Es una forma como otra cualquiera de destacar entre toda esa mediocridad. Si consigo llamar su atención me aseguro de que no me olvidarán, cuando escuche mi nombre en sus bocas sabré que de verdad he vivido para algo. Lograré desprenderme de este sentimiento de inferioridad que vengo arrastrando desde hace años... ¿Cómo iba a saber que es un sentimiento por todos compartido? Por unos más que por otros, por supuesto. No es igual el sentimiento que pesa sobre quien labra su campo al sol y conoce poco más que la extensión de su huerta que sobre quien maneja millones en un despacho cualquiera de un importante edificio de oficinas cualquiera. La cultura decide con qué te conformarás. Unos necesitan demostrar más que otros para poder conciliar el sueño. Y si el afán de superioridad es castigable, no podemos saberlo, ya que es algo que todos deseamos y por lo que damos sentido a la existencia. Si tuviéramos que condenar a todo aquel que quiere ser mejor... Compararnos con los demás es lo que nos incita a desearlo, quienes viven aislados tienen menos necesidad de sobresalir.

En vez de aferrarse con fuerza a una sola cosa, el hombre sabio se salpica de cientos de conocimientos, sin llegar a empaparse. Es su eterno conflicto, ¿cuánto tiempo se necesitaría para dominar todas las artes? ¿Es suficiente una vida entera? Podrías pasar tus mejores años devorando libro tras libro y jamás llegarías a saberlo absolutamente todo.

Quizá te llamen loco por tus delirios constantes. Quizá te crean fuera de su realidad. Pero lo tienes tan claro que dudas de si la verdadera realidad no será la tuya y ellos sean los extraños. Después de todo, la realidad no es necesariamente lo mejor, ni lo más lógico, sino lo que se adaptó al deseo colectivo. Es lo que la mayoría de la gente cree que es. Así es difícil distinguir el bien del mal. Después de todo, no existen apenas referencias sobre lo que consideramos un buen comportamiento, no es extraño tomar el Evangelio para ello, por eso Dios está tan presente en la obra. Las leyes morales no están escritas y se supone que todos debemos conocerlas. Pero la misma acción puede resultar una auténtica locura o simple rutina, dependiendo del sujeto, entonces, no tienen por qué concebir el bien o el mal de la misma manera. Fausto se tortura porque desea conocer toda la verdad, pero es algo imposible, ya que es completamente relativa.

Solemos tomar nuestro propio interés como punto de referencia. Tanta subjetividad puede transformar el modo de plantearnos un hecho, tomando un fin como una justificación satisfactoria a nuestro modo de actuar. A veces ni siquiera nos tomamos la molestia de razonar, si el objetivo es tentador. La carne humana ha sido débil desde el principio de los tiempos, desde que la eterna Eva mordió la manzana. Fausto no tiene nada que le importe en su vida, por eso es completamente libre para actuar. Siente la tristeza, desea saberlo todo y así ser superior, y cae ante la tentación. No es un comportamiento tan extraño sabiendo que proviene de un ser humano.

S.P.

GRAN HERMANO LITERARIO

¿Y si el sentido común dictado por la época hubiera llevado a Jane Austen a esconder una sensibilidad lésbica entre las líneas de sus novelas? ¿Mr Darcy era en realidad una mujer? ¿Cambiaría esto la obra de Austen de alguna manera? ¿Sería mejor o peor? Nunca he tenido muy claro hasta qué punto es realmente importante —o necesario— conocer los impulsos íntimos de los escritores para comprender mejor su obra.

Según el número de publicaciones dedicadas al tema, podemos decir que bien sea como investigación filológica o como mera curiosidad, la vida privada de los escritores despierta interés. En noviembre del 2006 se publicaron en el Reino Unido las biografías de dos escritores: Thomas Hardy: *The Time-Torn Man* (Claire Tomalin, Viking 2006), *The Life of Kingsley Amis* (Zachary Leader, Cape 2006), y el segundo tomo de la biografía de un crítico: *William Empson: Volume II: Against the Christians* (John Haffenden, OUP 2006). A principios del 2007 aparecerá, además, la película *Becoming Jane*, que presenta a una Jane Austen enamorada del irlandés Tom Lefroy. Un romance poco conocido pero verdadero, según Julian Jarrold, director de la película. Bien, Austen una vez más. Todo parece indicar, como apunta con ironía Bryan Appleyard en el artículo que abre el suplemento dominical ("Just their Type", *The Sunday Times Culture*, Nov 19, 06), que después de todo la escritora tenía una vida sexual: "One way or another, it seems, we shall just have to accept the awful, the incredible truth: Jane Austen had sex. Gosh."

George Orwell se preguntaba si daríamos el mismo valor estético a la obra de Shakespeare en el caso de que, por ejemplo, éste hubiera sido pedófilo. Yo creo que seguramente leeríamos a Shakespeare de forma muy distinta, sería interesante saber incluso si lo leeríamos.

Se supone que el valor de la obra de arte debería ser independiente de la vida del artista, y sin embargo a lo largo de la historia hemos asistido a distintas ideas de equivalencia. Para Giorgio Vasari en sus *Vidas* todo gran artista es un gran humano. En el otro lado del espectro encontramos la idea romántica de que todo gran artista tiene una vida turbulenta e interesante, definitivamente diferente a la vida del común de los mortales. Appleyard dice en su artículo que las biografías del XXI buscan presentar al individuo de manera aséptica, sin valoraciones morales. A mí me parece que en el fondo, muchas de ellas, tienen un gusto de conmisericordia. Es como si el biógrafo buscara justificar al artista. La biografía de Kingsley Amis, por ejemplo, es un catálogo de las patologías del escritor; todo en él era patológico. Lo asolaba un miedo constante —a la oscuridad, a volar, a andar solo por la calle—, era adicto a la comida, el alcohol y el sexo. Según la biografía, Amis agredía intencionalmente a quien lo rodeaba, era mal marido y peor padre, machista, homófobo, antisemita, pero todo esto no sería sino un mecanismo de defensa que el escritor usaba "para mantener el miedo a raya". El biógrafo de Amis sigue la idea freudiana de la obra de arte como síntoma; la misoginia que hay en *Stanley and the Women* sería fruto del segundo fracaso matrimonial de Kingsley Amis y la promiscuidad irrefrenable se vería reflejada en *Take a Girl like You and That Uncertain Feeling*. Pero mientras el enfoque de la biografía de Amis me parece interesante aplicado a su obra, el libro dedicado a William Empson me despierta reflexiones muy diferentes. *Against the Christians* —al menos en el extracto publicado en *The Times*— ofrece los detalles más jugosos de la bisexualidad de Empson, los secretos de los triángulos amorosos entre Hetta, mujer del crítico, el propio Empson y el amante de turno elegido por los dos. Interesante, sin duda, pero ¿para qué? Appleyard sostiene que las biografías contemporáneas, independientemente de lo que digan sobre el artista, son documentos de nuestra época que marcan nuestros prejuicios y preferencias. Totalmente de acuerdo. Cabría preguntarse entonces qué parte de nosotros se plasma en biografías como la de Empson. Supongo que responden a una curiosidad de lo íntimo que creo propia de nuestro tiempo; el placer de la ventana indiscreta tipo Gran Hermano. Mirilla que sirve, según me parece, para adorar la figura del antihéroe, para dar alegría al lector neurótico que comprueba con placer que quien parecía tan grande por su obra tiene en realidad tantas y, ¡ja!, aún más taras que el observador.

M.R

